

*La historiografía conservadora a través de sus revistas. Jaime Eyzaguirre y sus discípulos en un cuarto de siglo (1948-1973)*, de Mario Andrés González (Ediciones Inubicalistas, Valparaíso, 2022, 183 pp.).

**Brandon GUERIN BOGGLE**

Universidad de Valparaíso, Chile

brandom.guerin@alumnos.uv.cl

La prevalencia, en gran parte de las obras destinadas al estudio de la historia de los historiadores, de un enfoque casi biográfico, ha inhibido, en numerosas ocasiones, el diálogo mediático y el conflicto entre agentes, corrientes e influencias. Sin embargo, lo que el profesor Mario González nos ofrece es un pormenorizado, contextualizado y original estudio sobre las revistas ligadas al historiador hispanista Jaime Eyzaguirre y sus discípulos. Del mismo modo, el examinado trabajo constituye una adaptación, como capítulos, de una serie de artículos publicados por el autor en diversas revistas académicas. Tal enfoque revitaliza y aleja de la segmentación las investigaciones, cuestión muy bien planteada en el prólogo de la obra realizado por el historiador Manuel Loyola.

Bajo ese objetivo, la tesis principal del texto expresa que, a partir de las revistas, el conjunto de historiadores que se aglutinó en torno a Jaime Eyzaguirre realizó una política activa frente a la contingencia en el campo historiográfico y nacional. Dentro de las publicaciones académicas analizadas es posible mencionar a *Finis Terrae* (1954), *Historia* (1961), *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* (1966), *Qué Pasa* (1971), entre otras. El eje motriz de este grupo, según se puede apreciar, es la recuperación de los valores tradicionales que se han visto en jaque por el liberalismo, en primera instancia, y, posteriormente, por la historiografía marxista.

Brandon GUERIN BOGGLE

*La historiografía conservadora a través de sus revistas. Jaime Eyzaguirre y sus discípulos en un cuarto de siglo (1948-1973)*, de Mario Andrés González (Ediciones Inubicalistas, Valparaíso, 2022, 183 pp.).

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, Nº8, julio-diciembre 2023, pp. 225-230.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2023.8.3813



La relación que las revistas mencionadas tienen con la historia y los historiadores dentro de un campo en disputa es la tónica dinamizadora del presente libro.

El primer capítulo de la obra del profesor González busca dar respuesta al contexto histórico intelectual desde el que se impulsa la creación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica de Chile, en 1954, y la revista *Historia*. Desde ahí, sostiene que aquello es producto de la lucha historiográfica de mediados del siglo XX, acelerada por una nueva forma de aproximación a la historia por parte de la historiografía marxista. Inicia exhibiendo el contexto intelectual durante el decenio 1940-1950, caracterizado por el descrédito hacia el periodo colonial y portaleano desde la corriente liberal de la Universidad de Chile, como también la forma marxista de interpretación histórica comandada por Julio Cesar Jobet. En ese ámbito, Eyzaguirre motiva en las Escuelas de Derecho de las Universidades Católica y de Chile, donde se desempeñaba como profesor, un conjunto de investigaciones histórico-jurídicas que cobraron vida en las memorias de tesis de sus estudiantes. Lo anterior, afirma González, inquietaba en Eyzaguirre y sus discípulos la necesidad de consolidar un estudio profesional y autónomo con un eje ideológico centrado en el tradicionalismo hispano-católico, que dotara a la Universidad de un espacio historiográfico que pudiese defender una historia distinta.

En el segundo capítulo, el profesor González aborda la postura que tomó el grupo conservador frente a la historiografía marxista. Si bien logra detectar un silencio en la década de los años cincuenta, destaca un giro en los años sesenta con la fundación de *Historia*, especialmente, través del Fichero Bibliográfico, sección destinada a las reseñas de las novedades historiográficas. Así, la primeriza posición que adoptaron las revistas culturales conservadoras frente a esta nueva forma de comprender la historia fue la invisibilización como manera de evitar la difusión de estas. Esto, potenciado desde la Iglesia y la contingencia política nacional. Sin embargo, desde 1960, *Historia* adopta una postura de choque debido a la consolidación de la corriente izquierdista dentro del contexto de una democratización cultural acelerada. La crítica directa que desprende el autor del grupo *Historia* se dirigía principalmente a la “sobreideologización” de sus trabajos, la poca rigurosidad de estos, el déficit de originalidad en el planteamiento de hipótesis, vagos análisis sin documentación,

exclusión de información, entre otros.

La particularidad de los análisis críticos efectuados por los historiadores conservadores, tal como lo expresa el profesor González, es el nulo acudimiento al factor político de sus colegas marxistas. Es decir, nunca usaron como arma de ataque en sus reseñas la militancia, tan solo examinando las obras y las respectivas falencias que lograban observar en sus trabajos.

A diferencia del capítulo anterior, en el siguiente se centra la mirada en la acogida, promoción y juicio que se le otorgó a un conjunto de historiadores jóvenes del Instituto Pedagógico, habitualmente asociados a la influencia de los *Annales* franceses, afirmándose que entre la tradición de dicha casa de estudios y la sede católica no existió una relación que hiciese calificar a ambas como en permanente tensión. Para validar su tesis, González analiza el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* y la revista *Historia*.

En la primera de ellas distingue tres historiadores clave: Sergio Villalobos, Rolando Mellafe y Álvaro Jara, los cuales incursionaban incluso con premisas novedosas sobre el modo de ver la historia colonial. Cabe señalar que las investigaciones de estos contaron con el respaldo del propio Eyzaguirre, en especial a Jara, ya que no se observaba en ellas una sobreideologización, como acusaban a los marxistas.

En la revista *Historia*, cerrada principalmente para sus fundadores, las críticas dirigidas a través de las reseñas a Mellafe, Jara y Villalobos no fueron desfavorables, como sí lo hicieron con los marxistas. Si bien hay comentarios dirigidos a las afirmaciones, posiciones, e incluso a las problemáticas, todo lo anterior no reflejó una actuación deliberada por refutar todo el trabajo de los historiadores.

Respecto a este capítulo, el autor afirma en su introducción que no encaja enteramente con el hilo conductor de la obra. A mi juicio, la evidencia planteada nos permite dilucidar cómo la lucha cultural empleada por el aparente apoliticismo de Eyzaguirre y compañía, abrió conscientemente espacios de exposición académica historiográfica y cierra otros, a pesar de tener ciertos matices ideológicos distintos. La suerte de “apoyo” a la corriente estructuralista percata los diversos movimientos que la historiografía conservadora realizó en el periodo examinado, cuestión que hace que

este capítulo se ajuste muy bien.

El cuarto capítulo está dedicado a analizar los mecanismos utilizados por Jaime Eyzaguirre en la revista *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* (1966) de la Universidad de Chile para desacreditar, indirectamente, la historiografía practicada por Hernán Ramírez Necochea. Dicha publicación, surgida en el plantel estatal tras el alejamiento forzado de Eyzaguirre de la entidad pontificia, presenta como problemática un giro, dentro del marco de estudio hacia la Guerra Civil de 1891, tema tratado por el militante comunista. La base de la acometida hacia Ramírez, nuevamente, se instalaba desde la academia tras ser el campo favorito del hispanista.

En ese sentido, es posible rescatar cómo el autor analiza desde el objeto de estudio la acometida ejecutada contra el historiador marxista. En ello es destacable el reiterado contraataque frente al rol del imperialismo inglés y su vínculo con la oligarquía nacional en el conflicto de fines del siglo XIX, como también la interpretación heroica hacia José Manuel Balmaceda, tesis e interpretaciones claves del sector izquierdista. A modo de ejemplo, es posible destacar cómo los historiadores conservadores tergiversan las amistosas relaciones entre el historiador británico, estudioso de la historia nacional, Harold Blakemore, y el militante comunista, insinuando contradicciones entre sus afirmaciones y publicando artículos elaborados por el primero cuestionando a Ramírez.

En este capítulo, por último, es posible distinguir que *Estudios* reproduce, desde un tema distinto, el mismo *modus* utilizado en las fuentes anteriores. De igual modo, es posible distinguir cómo la lucha contra el recambio de las representaciones sociales tradicionales llevó a cambiar el tema de análisis de los historiadores conservadores estudiados con el afán de mantener el esquema clásico. El ambiente con tintes revolucionarios del periodo sin duda permite comprender de una mejor manera cada tópico de lo que ocurre en el campo de la historiografía nacional durante el periodo estudiado.

El último capítulo se destina a la revista *Qué Pasa* (1971) y el uso público que esta hizo de la historia desde su formación hasta 1973. Con la figura de Eyzaguirre ya solo en espíritu, fallecido en 1968, los discípulos emprenden una ofensiva bajo el ánimo de enfrentar la izquierda en el poder. Para ello, se esfuerzan por dar una versión

propia de los procesos históricos en disputa, sobre todo aquel relacionado con la historia de Chile del siglo XX, a modo de ejemplificar fenómenos históricos que consideraron de gran trascendencia para el ciudadano.

A través de la sección “Cuadernos Históricos”, la revista abordó temas ligados a la historia política tradicional del centenario mencionado con la finalidad de que el público lector relacione aquellos eventos con su presente, ligado al triunfo de Allende en 1970 y su correspondiente proyecto político, además de la serie de fenómenos sociopolíticos que acontecían. De entre ellos, el profesor destaca “La sangre del pueblo”, destinado a semejar los eventos de violencia política de inicios de 1900 con el periodo de la Unidad Popular; “El gran cambio”, que analiza las transformaciones políticas de 1920-1932; y “Balmaceda y la crisis del 91”, que busca deconstruir la figura idealizada de Balmaceda.

De igual modo, los discípulos de Eyzaguirre expresaron por medio de las páginas de *Qué Pasa* una preocupante depreciación de lo nacional. Lo anterior, debido al abandono del valor de los héroes patrios que acusaban ser reemplazados por los nuevos ídolos revolucionarios como consecuencia de una historia usada como arma política. No solo la revista fue un medio en que se difundió esta mirada, sino que aprovecharon de ocupar otros espacios, como el Instituto Cultural de Providencia, de cercanía al grupo *Qué Pasa*.

El libro concluye afirmando que el grupo comandado por el hispanista Jaime Eyzaguirre clasificó, a partir de la construcción de una lectura tan ideologizada como estos acusaban, a un conjunto de historiadores como marxistas dogmatizados, negándoles incluso su calidad de profesionales, y separándolos de aquellos que sí “aportaban al conocimiento de la historia” (González, 2023: 168). Es así como sostiene que sin tener en cuenta las relaciones entre las tendencias historiográficas presentadas se hace imposible entender correctamente la lucha en dicho campo. La interpretación demonizadora hacia el sector que veía el pasado nacional desde la óptica del mundo obrero tuvo como principal consecuencia la censura por parte de la Dictadura Cívico-Militar, imponiéndose la óptica de Eyzaguirre y sus discípulos como política de Estado.

Para finalizar, destaco que la obra de Mario González permite vislumbrar lo que

propone: las luchas historiográficas que emplean Jaime Eyzaguirre y sus discípulos contra las interpretaciones que atentan contra una representación histórica determinada. La lectura es sumamente amena y entendible, con citas clave que permiten distinguir en ellas lo que se propone. Sin duda alguna, la reunión de artículos efectuada por el autor en su obra son un gran aporte a la historia de los historiadores en Chile.